

Resistía, enfermo y convulso, como resiste á la necesidad de gritar que le abre la garganta y las mandíbulas el hombre á quien le cortan una pierna.

Pero los dos muchachos se volvieron hacia el fondo del paseo ofreciendo una pareja deliciosa. Se alejaban, iban, venían, desaparecían como desaparece un sueño, y cuando no se les veía, el paseo, vacío, parecía triste.

Yo también me fui, me fui para no volver á verles, pues comprendí que debía durar mucho tiempo aquel espectáculo que resucitaba todo el pasado, todo aquel pasado de amor y de alegría, el pasado ficticio, falaz y seductor, falso y verdaderamente encantador, que hacía latir aun el corazón de la vieja actriz y de la anciana enamorada.

EL PADRE AMABLE

## El padre Amable

---

El cielo húmedo y gris parecía pesar sobre la vasta y sombría llanura. El olor á otoño, olor triste de las tierras desnudas y mojadas, de las hojas caídas y de la hierba seca, hacía más espeso y más pesado el estancado aire de la tarde. Los aldeanos trabajaban aun esparcidos por los campos, esperando la hora del *Angelus*, que les llamaría á sus cabañas, cuyos tejados se veían aquí y allá á través de las ramas de los despoblados árboles defendidos del viento por los muros de las pomaradas.

A orillas de un camino, sobre un montón de harapientas ropas, un niño sentado con las piernas abiertas jugaba con una patata que dejaba caer á veces sobre la ropa, mientras que cinco mujeres encorvadas y culo en pompa, plantaban vástagos de colza en la llanura vecina. Con movimiento ágil y continuo hundían á lo largo del gran surco de tierra que el arado acababa de abrir, un pincho de made-

ra, y luego metían en el agujero la planta un poco marchita ya, cubriendo con tierra su raíz y continuando su trabajo.

Un hombre que pasaba con un látigo en la mano, calzado con grandes zuecos, se detuvo junto al niño, lo tomó en brazos y le dió un beso. Entonces una de las mujeres se irguió y corrió á su lado. Era una muchachota encarnada, ancha de espaldas y de caderas, una hembra normanda de amarillos cabellos y rubicunda tez.

—¿Ya estás aquí, Cesáreo?—le dijo con resuelta actitud.

El hombre, un muchacho delgado y de triste fisonomía, murmuró:

—Sí, pero nada, nada de nada, siempre lo mismo.

—¿No quiere?

—No quiere.

—¿Y qué vas á hacer?

—¿Qué te parece á tí?

—Vete á ver al cura.

— Iré.

—Vete en seguida.

—Ahora mismo.

Y se miraron. El, que seguía con el niño en brazos, lo volvió á besar y lo puso sobre el hato de las mujeres.

En el horizonte, entre dos cabañas, se veía un arado arrastrado por un caballo y guiado por un hombre. Animal, instrumento y labrador, avanzaban muy despacio, bajo el empañado cielo de la tarde.

—Pero, ¿qué es lo que dice tu padre?—repuso la mujer.

—¿Qué? Que no quiere.

—¿Y por qué no quiere?

El muchacho señaló con un gesto al niño que acababa de dejar en el suelo, y con una mirada indicó al hombre que araba allá á lo lejos, exclamando al mismo tiempo:

—Porque es de aquél tu hijo.

— ¡Caramba! todo el mundo sabe que es de Víctor —dijo la muchacha con rabioso acento y encogiéndose de hombros.— Qué ¿que he faltado? Sí; pero ¿soy quizás la única? Mi madre también había faltado antes que yo, y la tuya también antes de casarse con tu padre. ¿Quién no ha faltado en el país? Y he faltado con Víctor, porque me cogió en la granja durmiendo y esto es verdad, y después volví á faltar cuando no dormía. De seguro me hubiera casado con él si no hubiera sido un criado. ¿Soy por esto menos buena?

—Yo te quiero tal como eres, con tu hijo ó sin tu hijo—dijo el hombre con sencillez.—Mi padre es el único que se opone, pero ya veremos de arreglar todo esto.

—Vete á ver al cura en seguida—repuso la joven.

—Ahora mismo voy.

Y se puso en marcha con su pesado paso de aldeano, mientras que la moza, con los brazos en jarras, se volvió á plantar colza.

El muchacho que acababa de alejarse, Cesáreo Houlbreque, hijo del anciano sordo Amable Houl-

breque, quería casarse contra la voluntad de su padre con Celeste Levesque, que había tenido un hijo con Víctor Lecoq, sencillo criado empleado entonces en la quinta de sus padres y despedido por este hecho.

En el campo no existen las jerarquías de casta, y si un criado es económico, tomando una quinta por su cuenta, pasa á ser igual á su antiguo amo.

Cesáreo Houlbrequé se alejaba, pues, con el látigo al brazo reflexionando y levantando uno en pos de otro sus pesados zuecos llenos de barro. Verdad es que quería casarse con Celeste Levesque, y la quería con su hijo porque era la mujer que le convenía. No hubiera podido decir por qué le convenía; pero lo sabía, estaba seguro de ello. No tenía más que mirarla para convencerse de ello, para sentirse conmovido, trastornado, como alelado de contento. Y le causaba el mismo placer besar al pequeño, al hijo de Víctor, porque había salido de ella.

Mientras reflexionaba, Cesáreo contemplaba sin rencor el lejano perfil del hombre que guiaba el arado allá en los confines del horizonte.

Pero el padre Amable se oponía á aquel matrimonio y se oponía con testarudez de sordo, con furiosa testarudez.

En vano le gritaba Cesáreo al oído que le permitía oír algunos sonidos:

—Padre, le cuidaremos á usted bien. Créame, que es una buena muchacha, muy honrada y muy ahorradora,

—Mientras yo viva, nadie verá eso—repetía el viejo.

Y no había medio de convencerle, con nada se lograba aplacar su rigor. Una sola esperanza le quedaba á Cesáreo. El tío Amable temía al cura por aprensión de la muerte que veía ya cercana. No temía gran cosa á Dios, ni al diablo, ni al infierno, ni al purgatorio, de todo lo cual no tenía idea alguna; pero temía al sacerdote que le representaba el entierro, como se podría temer á los médicos por horror á las enfermedades.

Hacia ocho días que Celeste, que conocía esta debilidad del viejo, aconsejaba á Cesáreo que fuese á ver al cura; pero Cesáreo no se decidía porque no le gustaban mucho los hábitos negros, que le representaban manos que pedían siempre.

No obstante, acababa de decidirse en aquel momento, y se encaminaba hacia la rectoría pensando en el modo de empezar las negociaciones.

El cura Raffin, hombrecito vivaracho, delgadito y siempre mal afeitado, esperaba la hora de la comida calentándose los pies en el fuego de su cocina.

Cuando vió entrar al aldeano, le preguntó volviendo la cabeza:

—¡Hola, Cesáreo! ¿Qué se te ofrece?

—Quisiera hablar con usted, señor cura.

El muchacho permanecía de pie, azorado, con la gorra en una mano y el látigo en la otra.

—Pues bien, habla.

Cesáreo miraba al ama, una vieja que iba arras-

trando los pies para poner el cubierto de su amo en un pico de la mesa, enfrente de la ventana.

—Es que se trata casi de una confesión— balbuceó Cesáreo.

Entonces el cura Raffin miró con interés al aldeano, notó su actitud confusa, su embarazado aspecto y sus errantes miradas, y le dijo á su ama:

—María, yete cinco minutos á tu cuarto para que yo pueda hablar con Cesáreo.

El ama dirigió una rabiosa mirada al aldeano y se fué gruñendo.

—Vamos, desembucha ahora—repuso el eclesiástico.

El muchacho seguía dudando, miraba sus zuecos y con las manos daba vueltas á la gorra, hasta que de pronto se decidió diciendo:

—Pues... quisiera casarme con Celeste Levesque.

—Muy bien, hijo mío. ¿Y qué obstáculo hay para ello?

—Que mi padre no quiere,

—¿Tu padre?

—Sí, mi padre.

—Pues ¿qué dice tu padre?

—Dice que ha tenido un hijo.

—No es á ella la primera que le ha ocurrido eso desde que nuestra madre Eva vino al mundo.

—Un hijo con Víctor, con Víctor Lecoq, el criado de Antimio Loisel.

—¡Hola! ¡hola! ¿De modo que no quiere?

—No quiere.

—¿De ningún modo?

—De ningún modo. Con perdón de usted, le diré que se ha vuelto terco como un burro que no quiere andar.

—¿Y qué le dices tú para decidirle?

—Le digo que es una buena muchacha, honrada, muy ahorradora...

—¿Y no le decide eso? Vamos, tú quieres que yo le hable, ¿verdad?

—Justo, eso mismo.

—¿Y qué le diré yo á tu padre?

—Pues... lo que dice usted en el sermón para que suelten dinero.

A juicio del aldeano, todo el empeño de la religión consistía en hacer soltar la mosca, en vaciar los bolsillos de la gente para llenar la caja del cielo. Para él, la religión era una especie de inmensa casa de comercio cuyos dependientes solapados y astutos eran los curas que hacían el negocio de Dios en perjuicio de los intereses de los campesinos.

Sabía él perfectamente que los curas hacían favores, grandes favores á los más pobres, á los enfermos, á los moribundos asistiéndoles, consolándoles, aconsejándoles y manteniéndoles; pero todo ello mediante dinero, á cambio de monedas de plata, de reluciente plata con la que se pagaban los sacramentos y las misas, los consejos y la protección, el perdón de los pecados y las indulgencias, el purgatorio y el cielo, según las rentas y la generosidad del pecador.

El cura Raffin, que conocía á su interlocutor y que no se enfadaba nunca, se echó á reír.

—Bueno, sí, ya le contaré yo un cuento á tu padre; pero con la condición de que has de venir al sermón.

—Sí, si hace usted eso por mí, se lo prometo, le doy mi palabra de hombre de bien—dijo Houlbreque extendiendo el brazo para jurar.

—Bueno, está bien. ¿Cuándo quieres que vaya á ver á tu padre?

—Lo antes posible; esta misma noche si usted puede.

—Entonces iré dentro de media hora, después de cenar.

—Está bien, dentro de media hora.

—Convenidos. Hasta luego, muchacho.

—Hasta la vista, señor cura, y muchas gracias.

—No hay de qué, hijo mío.

Y Cesáreo Houlbreque volvió á su casa con el corazón aligerado de un gran peso.

El pobre aldeano tenía alquilada una quinta muy pequeña, pues ni él ni su padre eran ricos. Solos con una criada, muchacha de quince años, que les hacía la comida, cuidaba las gallinas, ordeñaba las vacas y hacía la manteca, vivían penosamente, á pesar de ser Cesáreo un buen labrador. Los infelices no poseían bastantes tierras ni bastante ganado para granjearse más de lo indispensable.

El viejo no trabajaba ya. Triste como todos los sordos, acribillado de dolores, encorvado, torcido, andaba por los campos apoyado en su bastón con-

templando los animales y los hombres con dura y recelosa mirada. A veces se sentaba al borde de un barranco y permanecía allí sin moverse durante horas enteras pensando vagamente en las cosas que le habían preocupado toda su vida, en el precio de los huevos y de los granos y en el sol y en la lluvia, que hacen ó deshacen las cosechas. Herido por el reumatismo, sus gastados miembros absorbían en aquel momento la humedad del suelo como habían absorbido durante setenta años el vaho de las paredes de su pobre cabaña cubierta de húmeda paja.

Volvía á casa á la caída de la tarde, tomaba asiento en el extremo de la mesa situada en la cocina, y cuando le ponían delante la cazuela de barro con la sopa, la cogía entre sus ganchudos dedos, que parecían haber conservado la forma redonda de la vasija, y lo mismo en invierno que en verano se calentaba las manos antes de comer para no perder nada, ni una partícula del calor que sale del fuego, que cuesta caro, ni una gota de caldo, que tiene grasa y sal, y ni una miga de pan, que sale del trigo.

Luego trepaba por una escalera á un granero donde tenía su jergón. Su hijo dormía abajo, en el fondo de una especie de perrera próxima á la chimenea, y la criada se encerraba en una especie de bodega, obscuro agujero que servía antes para almacenar las patatas.

Cesáreo y su padre no hablaban casi nunca. Unicamente de tiempo en tiempo, cuando se trataba de vender una cosecha ó de comprar un ternero, el joven tomaba consejo de su padre y formando un

tornavoz con sus dos manos, le gritaba al oído exponiéndole sus razones, que el tío Amable aprobaba ó combatía con voz lenta y hueca salida del fondo de su vientre. Una noche, pues, Cesáreo, aproximándose á él como si se tratase de la adquisición de un caballo ó de una ternera, le comunicó á voz en grito su intención de casarse con Celeste Levesque.

Entonces el padre se puso furioso. ¿Por qué? ¿Por moralidad? Sin duda no. La virtud de una muchacha no tiene gran importancia en los campos; pero su avaricia, su profundo y feroz instinto de ahorro, se había insurreccionado ante la idea de que su hijo tuviera que criar á un niño que no era suyo. En un segundo había pensado en todas las sopas que se comería la criatura antes de poder ser útil en la quinta; había calculado todas las libras de pan y todos los litros de sidra que se comería y se bebería aquel galopín hasta la edad de catorce años, y una sorda cólera se había desencadenado en su alma contra Cesáreo que no pensaba en nada de esto.

—¿Has perdido el juicio?—le había respondido con una fuerza de voz inusitada.

Entonces Cesáreo se había puesto á enumerar sus razones, á ponderar las cualidades de Celeste y á probar que ganaría cien veces más de lo que costaría el niño. Pero el viejo dudaba de aquellos méritos y no podía dudar en cambio de la existencia del pequeño, y le respondía siempre sin darle más explicaciones:

—No quiero, no quiero. Mientras yo viva no verás eso.

Y hacía tres meses que estaban en este estado sin ceder ni uno ni otro y reanudando por lo menos una vez á la semana la misma discusión con los mismos argumentos, las mismas palabras, los mismos gestos y la misma inutilidad.

Entonces fué cuando Celeste aconsejó á Cesáreo que fuese á pedirle ayuda al cura.

Al volver á su casa, el aldeano encontró á su padre sentado ya á la mesa, pues se había retrasado un poco á causa de su visita á la rectoría.

Cenaron en silencio uno en frente de otro, comieron después de la sopa un poco de pan y manteca, bebieron luego un vaso de sidra y permanecieron inmóviles en sus sillas alumbrados apenas por la luz que la criada se había llevado para fregar las cucharas y los vasos y cortar de antemano la sopa para el almuerzo del día siguiente.

De repente sonó un golpe en la puerta, que se abrió de pronto y apareció el sacerdote.

El viejo fijó en él sus inquietos ojos llenos de desconfianza, y presintiendo un peligro se disponía ya á subir su escalera, cuando el cura Raffin le puso la mano sobre el hombro y le gritó al oído:

—Tengo que hablar con usted, tío Amable.

Aprovechándose de la circunstancia de haber quedado la puerta abierta, Cesáreo había desaparecido, pues tenía tal miedo, que no quería oír, no quería que sus esperanzas quedaran hechas polvo á cada obstinada negativa de su padre, prefería saber más tarde de una vez la verdad buena ó mala, y se había alejado en medio de la obscuridad. Hacía una

noche sin luna, sin estrellas, una de esas noches brumosas en que el aire húmedo parece que puede cortarse. Un vago olor á manzanas se percibía junto á los corrales, pues era la época en que se recogían las más adelantadas, las *manzanas reinetas*, como se dice en el país de la sidra. Cuando Cesáreo se paseaba á lo largo de las paredes, los establos despedían por sus estrechas ventanas el cálido olor de animales vivos dormidos sobre el estiércol, y oía junto á las cuadras el patear de los caballos que permanecían de pie y el ruido de sus mandíbulas triturando el heno de los pesebres. Cesáreo iba pensando en Celeste. En aquella alma sencilla, cuyas ideas no eran aun más que imágenes nacidas directamente de las cosas, los pensamientos de amor sólo se formulaban mediante la evocación de una muchacha encarnadota de pie en un camino riéndose con los brazos en jarras.

Así es como la había visto el día en que empezó su deseo hacia ella, y aunque la conocía desde la infancia, nunca le había llamado la atención como aquella mañana. Habían hablado algunos instantes, y luego él la había dejado, y al mismo tiempo que se alejaba, repetía: "¡Diablol es una muchacha muy guapa. Es lástima que haya faltado con Víctor.". Pensó en ella hasta la noche, y al día siguiente también.

Cuando la volvió á ver, sintió algo que le cosquilleaba en lo hondo de la garganta como si le hubiesen metido una pluma de gallo en los pulmones, y desde entonces siempre que se encontraba á su

lado, se asombraba de aquel cosquilleo nervioso que se repetía siempre.

Tanto le gustaba la muchacha, que en tres semanas se decidió á casarse con ella. No hubiera podido decir de dónde provenía aquel poder sobre su persona; pero lo expresaba con las palabras: "Estoy poseído", cual si llevase en sí el deseo de aquella muchacha, dominadora como un poder infernal. No le inquietaba en lo más mínimo su falta. Después de todo, poco le importaba; aquello no la hacía desmerecer en lo más mínimo y no sentía el menor rencor contra Víctor Lecoq.

Pero, ¿qué haría si el cura no lograba nada? Tanto le torturaba esta inquietud, que ni siquiera se atrevía á pensar en ello.

Había llegado á la rectoría y se había sentado junto á la cerca de madera para esperar la vuelta del cura.

Estaba allí hacía tal vez una hora, cuando oyó pasos en el camino, y aunque la noche fuese muy oscura, no tardó en distinguir la sombra más oscura aun de los hábitos.

El muchacho se levantó temblándole las piernas y sin atreverse á hablar, sin atreverse á salir de su duda.

El eclesiástico lo vió, y le dijo con alegría:

—Vamos, hijo mío, ya está arreglado.

—¡Arreglado!... pe... ro... ¿es... ver... dad?... — balbució Cesáreo.

—Sí, hijo, aunque trabajo me ha costado. ¡Qué tozudo es tu padre!



—¿De... veras?—repetía el aldeano.

—Sí. Ven á verme mañana al medio día para acordar las amonestaciones.

Cesáreo había cogido la mano del cura y se la estrechaba, se la sacudía tartamudeando:

—¿De veras? ¿de... veras? señor... cura. A fe de hombre de bien que el domingo... me verá en el sermón.

II

La boda tuvo lugar á mediados de diciembre y fué sencilla por no ser ricos los recién casados. Cesáreo, con traje nuevo, estaba ya despierto á las ocho de la mañana para ir á buscar á la desposada y conducirla á la rectoría; pero como era demasiado temprano, se sentó junto á la mesa de la cocina y esperó á los de la familia y á los que tenían que ir á buscarle.

Hacia ocho días que nevaba, y la tierra oscura, fecundadas ya las semillas del otoño, se había tornado lívida y dormía bajo una gran sábana de hielo.

Hacia frío en las chozas cubiertas de blancura, y los redondos manzanos parecían floridos, empolvados, como en el hermoso mes de su producción.

Aquel día, las grandes nubes del Norte, las nubes grises cargadas de lluvia habían desaparecido, y el cielo azul se desplegaba sobre la tierra blanca,